

Diario 2018 - fragmento

Alberto Curutchet



Capítulo 1

(...)

El trabajo en la montaña es tranquilo pero no puedo ni con eso, tampoco. Tengo que salir bastante seguido a lo que sea, con la excusa que sea, salir a ver aunque sea algo más que la negrura del bosque que me recibe cuando termino la jornada, salir a ver la paleta violácea del cielo otoñal de Honeydew tipo 7 mientras la visión se pone borrosa porque dejo de mirar para ponerme a pensar si alguien más está mirando ese cielo, como yo, y pensando él también si alguien más lo está mirando.

Tengo un Jim Beam a medias que intento hacer durar. Tengo una picazón en el cuerpo que no se va nunca y es mi reacción al THC. Tengo una conclusión: la Mendo es buenísima, la fumamos y algo pasa, siempre. Tengo vicios más sanos, también, como los desayunos en la cocina o los almuerzos junto a los invernaderos de Mike donde ya instalamos la parrilla y el lavadero.

Una pelota de fútbol, cereales de colores, bastante música, libros largos, jefes buenos.

Pero claro, ya se me cagó la cabeza,

ya tengo una ansiedad ardiente de comprarme un auto
y arrancar para el sur y encontrar a Raquel
para decirle "subí que nos espera Texas",
y volver a unir nuestras bolsas de dormir
para formar una cama insólita llena de
pelusas, olor a semen y hojas de marihuana.
Últimamente me escapo para escribir
porque necesito llenar un espacio. Me escapo
para tomar café negro y hacer unas tostadas
con manteca y pimienta como hacía ella.
Pero sobre todo me escapo para hablar solo,
para cantar alguna canción que extraño;
para decirme que todo está bien, a pesar de que no.
Me escapo para una ducha caliente que me haga olvidar
que la piel pica, aunque no esté sucia;
para sentir un poco de calor en la noche que
se pone más fría a medida que llega el invierno
y con él la preocupación de dónde me encontrará diciembre.
¿En la montaña? ¿En la ruta? ¿De vuelta en Argentina?
Quizás "preocupación" no sea la palabra. Aquí
la única preocupación es trabajar más o menos bien,
siendo "bien" hacer el dinero que a uno le interese.
Por suerte todo SÍ que está bien, al menos en este

fragmento de realidad que es el instante,
porque me llevo bien con los chicos, las risas
están siempre, el malestar nunca dura tanto,
el fútbol todavía es lo mío, Kurt me quiere
y me ha dejado de encargado por el fin de semana
y me ha dado su hierba personal para trabajar
y con ella un dinero que de otra manera
no habría podido conseguir tan rápido. Es una suerte
tener esa figura desquiciada y amorosa cerca,
una especie de gigante bonachón, un Hodor
con pasado de Vicodin, Xanax, benzedrina
y destrucción de patrulleros que es capaz
de aparecer de vez en cuando con un frasquito
de salmón ahumado que me deja cerca sin decir nada.
No sé. No tengo tiempo para desconfiar.
No me siento solo, pero me sirve ese cariño,
sea la de un yanqui que intenta no volver al alcoholismo
o la de una española que antes prefería dormir sola
pero ahora me invita a perdernos juntos
en el sur profundo de los Estados Unidos.
(...)